

En búsqueda de una posición adulta “suficientemente buena”

Ideas e interrogantes para la tarea cotidiana con adolescentes



Gabriel Hojman Sirvent, María Pía Pawlowicz**
y Eva Amorín****

Resumen

Se trata de un artículo ensayístico en el que un equipo interdisciplinario de Intercambios Asociación Civil reflexiona y conceptualiza la posición adulta en el trabajo con las adolescencias. El objetivo es problematizar el modo en que se conceptualizan los padecimientos subjetivos de las adolescencias y reflexionar acerca de las estrategias que habitamos las personas adultas en esos vínculos. La metodología utilizada es la del análisis de escenas (Paiva, 2018), como un recurso para analizar las posiciones adultas en el vínculo con las adolescencias. Las fuentes de las escenas son secundarias, a partir de registros de nuestras experiencias de procesos de intervención en lo social con adolescencias de diferentes localidades de Argentina, donde organizamos, coordinamos y/o asesoramos el armado de dispositivos como foros, consejos consultivos, puntos de encuentro, centros de escucha, diagnósticos participativos, espacios de formación en escuelas secundarias, covisión a equipos y consultorías con gobiernos municipales y provinciales. Partimos de la preocupación creciente por las situaciones que atraviesan

* Gabriel Hojman Sirvent. Maestro, licenciado en Sociología y magíster en Psicología Social Comunitaria. Intercambios Asociación Civil. Integrante del equipo de salud escolar adolescente del hospital Argerich. Docente en UBA y en ISTLyR. Correo electrónico: gabrielhojmansirvent@gmail.com

** María Pía Pawlowicz. Licenciada en Psicología. Magíster en Ciencias Sociales y Salud. Intercambios Asociación Civil. Investigadora y docente en la carrera de Trabajo Social de la UBA y UNM. Correo electrónico: mariapiapawlowicz@hotmail.com

*** Eva Amorín. Especialista Docente de Nivel Superior en Educación Sexual Integral. Diplomada en Gestión en Salud y Derechos Sexuales y Reproductivos. Licenciada en Trabajo Social y periodista. Intercambios Asociación Civil. Docente en UBA y UNAHUR. Correo electrónico: eva.amorin@gmail.com

las adolescencias, vinculadas a la salud mental, los consumos problemáticos y las violencias. Por eso, el foco de este escrito está puesto en los desafíos, dificultades y oportunidades del mundo adulto para acompañar a las adolescencias en sus procesos de padecimiento social y subjetivo. La propuesta es pensar críticamente la posición desde la cual las personas adultas trabajamos con adolescentes en instituciones comunitarias y del ámbito educativo desde la salud mental comunitaria. Las argumentaciones y propuestas reflexivas parten de dos vertientes: conceptos que nos convidan referentes del campo de las ciencias sociales y algunos aportes “mágicos” de la escritura literaria y musical como invitaciones a organizar y pesquisar claves para el análisis.

Palabras clave: adolescencia - salud mental - posición adulta

Introducción

Las adolescencias vienen siendo pensadas e interpeladas desde diversas perspectivas y campos de estudio en los últimos tiempos. En especial, a partir de la pandemia de COVID-19 se registra la multiplicación de las demandas de salud mental en los ámbitos vinculados a la educación y a la salud, en sus diferentes formas y formatos institucionales.

En un estudio realizado en Argentina (Barcala, Wilner, Di Iorio, Torricelli y Augsburg, 2021) se relevó que atravesar la pandemia, especialmente los tiempos de aislamiento social, produjo malestares asociados a la restricción de vinculación con sus pares, pérdida de intimidad y de autonomía, relacionadas a la hiperpresencia del mundo adulto. Esto incidió en el despliegue de las tareas psíquicas propias del momento vital (duelo por el cuerpo de la infancia, construcción identitaria, salida exogámica), amplificando dificultades para iniciar y sostener proyectos propios, así como para la elaboración del malestar. En el estudio se señala la importancia de la escucha, el acompañamiento y la anticipación de las personas adultas para reducir el sufrimiento psíquico, proteger el bienestar psicosocial y achicar las brechas de acceso a la atención en salud mental, así como también la participación activa adolescente en aspectos que les involucran.

Entre los padecimientos de salud mental que atraviesan las adolescencias, el suicidio es la expresión extrema y se viene incrementando: es la segunda causa de muerte en adolescentes de 10 a 19 años en la Argentina, unos 12,7 suicidios cada 100.000 adolescentes (UNICEF, 2019). Pero los motivos de malestar y preocupación son múltiples, tal como se desprende del Primer Diagnóstico Federal del Consejo Asesor de Salud Adolescente Juvenil (CONSAJU, 2021). Allí, un conjunto de adolescentes de distintas localidades resaltó como problemáticas que les atraviesan incertidumbre frente a la precarización laboral, dificultades para insertarse en el mercado de trabajo y proyectarse, disminución de espacios de socialización y esparcimiento y depresión, angustia y ansiedad vinculada con las condiciones sociales de vida. En ese diagnóstico también señalaron la estigmatización hacia las adolescencias que reproducen los medios de comunicación, incluida la idealización de la delgadez, que genera problemas de insatisfacción corporal.

A esto se suma la distancia entre el imaginario social sobre la adolescencia como un tiempo de desarrollo propio, libre de responsabilidades adultas, y la realidad material: siete de cada diez adolescentes de 15 a 17 años realizan tareas de cuidado y trabajo doméstico no pago. En promedio, dedican 3:30 horas diarias al cuidado de hermanos, abuelos u otros familiares. Los adolescentes varones dedican más de tres horas diarias y las mujeres, cuatro horas; es decir, un 44% más de tiempo (Encuesta Nacional de Uso del Tiempo –ENUT–, 2021, citada en ELA y UNICEF, 2024).¹

En el mismo sentido, escuchamos en las prácticas cotidianas de las instituciones que les adolescentes demandan con más frecuencia una respuesta a los padecimientos de salud mental que atraviesan. Las situaciones que les preocupan y angustian suelen estar vinculadas a conflictos intergeneracionales, violencias entre pares, violencia autoinfligida y autolesiones, consumos problemáticos de sustancias, desgano, angustia, ansiedad y soledad.

Estas situaciones son vivenciadas de manera diferente según el género, orientación e identidad sexual. Por ejemplo, los varones, por mandatos vinculados a la construcción social de las masculinidades, no se sienten habilitados a manifestar sus sentimientos y sus vulnerabilidades, y así suelen ocultar y silenciar sus padecimientos. Las adolescencias LGTBIQ+ suelen expresar que las “bullinean”, en el sentido de padecer acoso o agresiones a través de burlas o exclusiones en los grupos. Las mujeres transitan por malestares subjetivos ante diversas situaciones, la exposición sexualizada en las redes, las presiones por los ideales de belleza y los cánones de la feminidad (como la discreción, la prolijidad, el estar para cuidar y escuchar a las demás personas) y el mandato de no defraudar en relación “a lo que se espera”.

¿Cuál puede ser una posición adulta “suficientemente buena” ante los padecimientos de salud mental de las adolescencias? Esta pregunta parte de un posicionamiento ético-político que pone en el centro la necesidad de encontrar un rol adulto que ubique a las adolescencias como sujetos y protagonistas de sus vidas sin renunciar al rol adulto de acompañamiento y sostén.

Proponemos entonces el ejercicio de lectura compartida a partir de invitarles a visitar cinco escenas que posibilitan pesquisar algunas claves para el análisis, con tres preguntas que hilan el recorrido:

- ¿Cómo entendemos a las adolescencias y la salud mental?
- ¿Cuáles son las tensiones y desafíos de ocupar una posición adulta en el vínculo con las adolescencias en los espacios socioeducativos?
- ¿Qué estrategias como personas adultas podemos darnos para habilitar formas de vínculo que generen espacios de sostén para las adolescencias?

1 La ENUT 2021 (INDEC) aplicó un muestreo probabilístico, multietápico y estratificado que alcanzó una muestra efectiva de 16.324 hogares en localidades urbanas de 100.000 habitantes y más de Argentina. El instrumento consistió en un cuestionario digital con lista cerrada de actividades que relevó retrospectivamente un “día de referencia”. La clasificación y codificación de las tareas domésticas, de cuidado y laborales se rigió bajo el nomenclador internacional CAUTAL.

Metodología

La metodología utilizada es la del análisis de escenas (Paiva, 2018) como un recurso para analizar las posiciones adultas en el vínculo con las adolescencias. Los enfoques teóricos de esta autora se asientan en el multiculturalismo de los derechos humanos, la vulnerabilidad y el construccionismo social. Con referencias como Paulo Freire, esta metodología persigue una hermenéutica de las interacciones de la vida cotidiana y las posiciones que involucran los intercambios en los diálogos.

Las fuentes de datos son secundarias, construidas en base a registros, actas y minutas de nuestras experiencias de procesos de intervención en lo social con adolescencias de diferentes localidades de Argentina, donde organizamos, coordinamos o asesoramos el armado de dispositivos como foros,² consejos consultivos, puntos de encuentro, centros de escucha, diagnósticos participativos, espacios de formación y covisión de equipos y consultorías con gobiernos municipales y provinciales.

En ese marco, el objetivo del artículo es problematizar el modo en que se conceptualizan los padecimientos subjetivos en las adolescencias y reflexionar acerca de las estrategias con que las personas adultas habitamos esos vínculos. Les proponemos pensar el lugar de las personas adultas que trabajan con adolescentes en ámbitos socioeducativos o de la salud.

Para eso, recorreremos cinco escenas con sus respectivos análisis e interrogantes, cinco “ideas poderosas” (Goltzman, 2018) para pensar las intervenciones y una serie de reflexiones finales.

Primera escena: “No estamos preparados”

En un espacio de reflexión entre docentes de escuelas secundarias, mientras les adolescentes están en un espacio de foro, se reúnen en ronda algo más de veinte docentes. Son de diferentes escuelas, que se asientan en distintos pueblos y ciudades de una provincia de la zona de Cuyo. Ronda de sillas, con mates circulando y mucha escucha entre pares. La consigna: compartir cuáles son los padecimientos subjetivos de les adolescentes con quienes trabajan diariamente y qué respuestas ensayan. En la conversación se reitera la frase: “No estamos preparados para...”; “No nos formaron para esto”. Son docentes y expresan que ante las cuestiones de angustias y de violencia que aparecen en la escuela, no son ellos quienes tienen la posibilidad o la capacidad de actuar, porque no saben cómo, porque no están capacitados para eso. En la ronda se mencionan frases como “impotencia”, “necesidad de tiempo para dedicarse”, “presiones laborales para cumplir con la currícula”, “frustración por las situaciones difíciles que viven algunas familias”, “desconocimiento de ciertas enfermedades (sic)”. Las posiciones que se escuchan son heterogéneas, aunque la misma preocupación es expresada de modo recurrente.

Un elemento para recuperar de esta escena es la interrogación sobre la posición adulta que parte del “no poder”, a veces, de modo categórico y asentado en el supuesto de que la experticia acerca de los malestares (inter)subjetivos son incumbencia de especialistas. La escena nos habla del desafío de poder

² El proyecto de Salud Adolescente que llevamos a cabo entre 2018 y 2021 desde Intercambios Asociación Civil, junto con UNICEF Argentina y los programas de Salud Integral de las Adolescencias de Chaco, Jujuy, Misiones y Salta y en articulación con la DIAJU del Ministerio de Salud de la Nación, está sistematizado en dos materiales que recuperan las voces de las adolescencias y describen tanto dispositivos participativos en salud mental y salud sexual, como propuestas para las políticas públicas: *Voces qué cuentan* (2018) y *Voces en acción* (2021).

ubicar la complejidad de las situaciones, distinguir problemáticas y atender a las condiciones de posibilidad de los escenarios institucionales. Pero también nos invita a reflexionar sobre cómo entendemos a las adolescencias y la salud mental.

Consideramos que es clave interrogarnos sobre los significados y creencias acerca de la salud mental y de las adolescencias que suelen circular en esta época en el mundo adulto. La patologización de ciertas situaciones, la reproducción de taxonomías que etiquetan o la ubicación acrítica de la pertinencia de un acompañamiento posible únicamente en el campo de la psicología –o, más aún, considerar a la psiquiatría como el único saber posible– inhiben y producen barreras del potencial acompañamiento de las personas que compartimos diariamente la vida con las adolescencias. Se puede interpretar como un lugar que imposibilita la intervención adulta.

Con frecuencia, se reproduce un modo hegemónico de pensar la salud en general y la salud mental en particular. En este imaginario, que encontramos en algunos espacios socioeducativos, a docentes y talleristas les tocará derivar porque “no están preparados” y el trabajo social será convocado a intervenir con adolescentes en función de las prestaciones, servicios, documentación, conseguir una vacante o gestionar el ingreso a instituciones que pueda requerirse. Estas representaciones suelen invisibilizar la fuerza de los procesos de intervención de las disciplinas educativas y sociales en general y del trabajo social en particular, con su potencia para aportar a constituir otras formas de sostén.

En la heterogeneidad de posiciones, y más allá de las hegemonías, fragmentaciones y jerarquías disciplinares, hay otro modo de pensar la salud mental. La perspectiva de salud mental comunitaria entiende que los padecimientos no están separados de la comunidad donde se vive. Esto no significa que se pierda de vista la singularidad del malestar, sino que toma en cuenta su dimensión colectiva: reconoce a la comunidad como parte del proceso de determinación de la salud mental y, al mismo tiempo, como ámbito de abordaje de los padecimientos (OPS-MSAL-INJUVE, 2023).³ Se trata de una modalidad de abordaje que se centra en la persona y su contexto, que atiende a sus condiciones de vida en clave histórica, orientada al reforzamiento de los lazos sociales. Desde esta perspectiva, se entiende que la salud mental integral debe ser promovida y protegida en el mismo lugar donde las personas desarrollan su vida cotidiana. Frigerio (2017) propone la idea de oficios del lazo: estos oficios se refieren a la oportunidad de reconocer a la comunidad y a sus instituciones educativas, deportivas, recreativas y religiosas como ámbitos de abordaje de los padecimientos. En este sentido, el vínculo con las personas adultas se constituye en una oportunidad para brindar una primera escucha⁴ de situaciones de salud de baja complejidad en las diversas instituciones que trabajan con adolescentes.

³ Estas intervenciones se encuentran enmarcadas en el establecido por la Ley N° 26657 de Derecho a la Protección de la Salud Mental promulgada en 2010.

⁴ Sobre las primeras escuchas, el tema se amplía en el documento: MSAL y UNR (2023). *Primera escucha en salud mental y el acompañamiento de adolescentes en el primer nivel de atención*.

Segunda escena: “El problema es que ya no respetan nada”

Estamos en una sala pequeña de una escuela pública de un barrio periférico, alrededor de una mesa con todas sillas diferentes. Se desarrolla una reunión con docentes de escuelas secundarias de la localidad. Conversan sobre los cambios actuales en las adolescencias. Allí insiste la idea relacionada a que “el problema” es la pérdida de autoridad adulta. “Vienen sin educación desde la familia”, dice una docente. “Acá en la escuela, con estos pibes ya no se puede hacer nada”. “Son muy irrespetuosos”, confirma un preceptor. Se genera silencio. Queda la pregunta rondando en el aire. Con todo reflexivo, como buscando salir del momento de vacío y duda, una profe dice con firmeza: “Las recetas de siempre ya no sirven, hay que inventar otras: una adolescente me dijo el otro día que ella respeta; pero espera que los adultos también la respeten”.

La frase de la adolescente con la que cierra la escena abre un tema central: el reconocimiento mutuo en el vínculo intergeneracional. Mariana Chaves (2005) plantea que los discursos sobre las juventudes quitan agencia, en tanto capacidad de acción, a las juventudes o directamente niegan su existencia (invisibilizan) como actores sociales con múltiples capacidades. Al concebirlos como seres en transición, incompletos, ni niños ni personas adultas, se niega la existencia adolescente como sujeto total, como persona en el presente de su vida. Y, en ese mismo movimiento, se negativizan sus prácticas, lo que lleva a la construcción de adolescencia = problema. Y de negativizar las prácticas a poner una etiqueta a las personas hay un paso: rebeldes, delincuentes, violentos, adictos a la pantalla, enfermos... y sigue una larga lista que patologiza sus experiencias, vivencias, sentimientos y padeceres.

Entonces se abren preguntas: ¿cuándo las personas adultas sentimos que “nos faltan el respeto” y cuándo son las adolescencias quienes sienten que no las respetamos? ¿Cómo una posición adulta puede sostener autoridad sin desvalorizar? Abrimos esta pregunta para tener en el radar el dramático poder clausurador del vínculo entre adolescentes y personas adultas que tiene el negativizar y etiquetar sus prácticas.

En el mismo sentido, la idea de sostener la autoridad puede ser polémica o polisémica. Isabelino Siede (2007) plantea que una de las huellas complicadas que dejó la última dictadura es el mezclar autoridad con autoritarismo y, al mismo tiempo, propone recuperar la idea de Nino (2011) de la “anomia boba”. Es decir, un modo de enfrentar los acuerdos y las normas que termina siendo muy perjudicial para quienes las desafían, no por los castigos, sino porque eran normas necesarias, ordenadoras y vinculadas más al cuidado que al control sin sentido. Pensar lo democrático como los acuerdos contruidos con aval ético y con validación colectiva resulta una oportunidad para revisar a nivel escolar algunas huellas que aún perduran de la dictadura, cincuenta años después.

Respeto-etiquetamiento-democratización-anomia boba sintetizan una de las tensiones y desafíos de ocupar una posición adulta en el vínculo con las adolescencias en los espacios socioeducativos. Necesitamos repensar las regulaciones. Las adolescencias requieren estar acompañadas y para eso las compañías adultas necesitan estar validadas y sentirse autorizadas a intervenir. Una parte del camino para problematizar la idea del respeto es revisar la mirada adultocéntrica que persiste como forma hegemónica de lectura de las adolescencias.

Esta mirada adultocéntrica –que en la actualidad y en sus versiones extremas pide mano dura con penalización juvenil a los 14 años– es una versión aggiornada de la preocupación por la “moral de la juventud”, que intensifica las demandas de nuevos mecanismos de tutela y control. Insistimos entonces en preguntarnos: ¿qué andamiajes institucionales requiere una promoción genuina y acompañada de autonomía en la adolescencia? Como establece la Ley N° 26061 de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes, es necesario retomar el principio por el cual los niños, niñas y adolescentes van adquiriendo gradualmente la capacidad de ejercer sus derechos por sí. Darle lugar a esa autonomía progresiva significa, también, desplegar desde el mundo adulto otras formas de acompañamiento, menos moralizantes, pero que no eludan la presencia firme. Hay lugar para la demora, para el no todavía.

Tercera escena: ¿cómo cuidar a quién no quiere ser cuidado?

En una reunión con tutores, docentes y preceptores que se realiza en el marco del programa de Salud Escolar en escuelas del sur de la Ciudad de Buenos Aires, se propone una actividad de formato taller donde emerge la reflexión sobre los modos de cuidar a las adolescencias. Para ello, primero se reparten fotos de bebés y preguntas referidas a cómo se cuida a un bebé y cómo expresan su malestar. Allí las ideas circulan con fluidez. Luego, en un segundo momento, se cambian las fotos y con las mismas preguntas se propone problematizar acerca del modo de cuidar a las adolescencias. Allí ya se observan risas nerviosas y cierta incomodidad. “Es complejo pensar a las adolescencias en términos de cuidado”, nos dice una tutora.

Ejercicios como este buscan interrogar y comenzar a correrse de un lugar adulto defensivo y transitar hacia un pensar desde el lugar de la corresponsabilidad. Kantor (2015) escribe que, en su proceso de autonomía progresiva, una de las búsquedas adolescentes es poder probarse en desafíos donde “no quiere que lo cuide porque quiere demostrarse que ya puede solo”. Entonces, no se trata de no cuidar, se trata de cuidar de otra manera. Promover la participación es otro modo de este cuidar de otra manera. ¿Quién tiene el poder en la relación adolescencias-mundo adulto? nos preguntamos junto con Jorgelina Di Iorio y María Pía Pawlowicz en un apartado que escribieron en un documento de UNICEF (2022) conceptualizando los obstáculos para la participación.

La vida cotidiana de las adolescencias es un escenario de posibilidades y de procesos dinámicos. Sus vínculos con el mundo adulto son constitutivos de la subjetividad y de las relaciones que establecen con el entorno social y cultural.

Ese vínculo adolescentes-mundo adulto se habita con tensiones y contradicciones, encuentros y desencontros. Está condicionado históricamente, por la cultura y las particularidades de los contextos familiares y singulares; y se configura a partir de una distribución diferencial de responsabilidad, de saber y de poder (Di Iorio y Pawlowicz, 2022: 29).

Dicha asimetría vincular es condición material y afectiva necesaria para el desarrollo socioafectivo de las adolescencias. Y cuestionar esa asimetría, como dice Ricardo Rodulfo (1992), es un trabajo psíquico durante el transitar por la adolescencia que requiere que las personas adultas pongamos en suspenso las propias matrices de pensamiento. De ese modo, propiciar y garantizar la participación es un trabajo a entamar que cuestiona la posición adulta. La participación efectiva promueve el despliegue de experiencias creativas que permiten la construcción gradual de autonomía y confianza.

Uno de los desafíos de ocupar una posición adulta en el vínculo con las adolescencias en los espacios socioeducativos es actuar como punto de apoyo y como punto de confrontación, ya que les adolescentes se constituyen como sujetos contra las personas adultas. La rebeldía y la transgresión pueden ser, en ocasiones, características posibles de una adolescencia saludable. Transgredir es ensayar y aprender. Sin embargo, para poder transgredir debe haber, en algunas ocasiones, normas claras, pero debatibles (sin ellas no hay posibilidad de transgredirlas). Es aquí que aparecen las personas adultas que “deben bancar” la confrontación: hay normas que refieren a ciertas cuestiones que no admiten ensayos ni transgresiones porque implican un riesgo que, consideramos, no es recomendable afrontar, porque aún no están dadas las condiciones subjetivas o contextuales.

Las personas adultas que se animan a asumir la construcción o la memoria de la norma y las reglas se están animando a portar un estandarte muchas veces difícil de llevar: el de la ley. La ley permite construir la subjetividad desde la infancia. Sabemos que discutir normas con adolescentes es complejo, desafiante, fascinante, genera vértigo y es agotador. Como diría el Indio Solari: un infierno encantador.⁵

Cuarta escena: frente al miedo a la ciudad, la casa como lugar seguro

En el salón de un centro comunitario de un barrio de la Ciudad de Buenos Aires, algunas familias de adolescentes se encuentran al terminar una jornada de actividades lúdicas y formativas en un dispositivo llamado Punto de Encuentro. En ese espacio, adolescentes con un equipo técnico de personas adultas promueven actividades de producción de salud mental entre pares. Las familias, en un diálogo espontáneo, coinciden que eligen que sus hijos adolescentes se queden en la casa usando el celular por cuestiones de seguridad. “Mejor en casa que en la calle”, afirma una mamá; “A mí no me gusta que use tanto el telefonito, pero...”, reflexiona otra. Surge en el intercambio cómo regular el uso del celular. Algunas familias cuentan que dan “libertad de uso”; otras ponen horarios que se respetan “más o menos”. La mayoría muestra su incertidumbre al escuchar a la recreóloga del equipo, quien relata una preocupación de docentes y directivos de la escuela secundaria: les adolescentes van a la escuela con muy pocas horas de sueño por el uso nocturno de pantallas.

Aparece en esta escena un modo de pensar la seguridad que porta algunos interrogantes y dificultades. Como nos advierte la serie *Adolescencia*,⁶ a veces, lo más riesgoso puede ser la soledad del cuarto con ilimitada conexión a las redes sociales. Algunos autores plantean que estamos ante una nueva época,

5 Solari, I. (2023). *El infierno está encantador, esta noche*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=PjzFMz16w9Y>

6 Thorne, J., y Graham, S. (Productores ejecutivos). (2025). *Adolescencia* [Miniserie de televisión]. Warp Films; Matriarch Productions; Plan B Entertainment; Netflix.

con las pantallas como centro del mundo, caracterizada por el “fin de infancia” basada en juego para pasar a una experiencia infantil y adolescente basada en el teléfono celular que conecta mundos subjetivos y mercantiles (Haidt, 2024). La retirada al ámbito privado, la disminución del intercambio cara a cara, de la experiencia barrial y del encuentro físico como búsqueda de protección a las adolescencias por parte del mundo adulto está marcada, al mismo tiempo, por la desatención a la sociedad de mercado hipersolidificada como única alternativa. Un capitalismo cruel, donde una “red de telefonitos” opera cual matrix que sostiene la ficción del bienestar.

Han (2012) lo denomina “la sociedad del cansancio”, en alusión a la carrera por el rendimiento. Las personas somos hámsteres en una rueda sin fin, y la vida podría convertirse entonces en una especie de performance y actuación permanente: mostrarse, expresarse, afirmarse sin pausa. El malestar, vinculado a la obligación de gustar, de disfrutar o incluso de sufrir mucho. Lo importante es destacar constantemente. ¿Y si no lo logramos? A todas las personas –incluidas las adolescencias– esta dificultad para alcanzar el ideal social de éxito puede generarnos culpa y ansiedad.

¿Es solo el “telefonito” el problema? Tal vez conviene ampliar y complejizar la pregunta: ¿cómo hacemos las personas adultas para cuidar a las adolescencias en una sociedad de consumo que nos convierte en productos desechables al poco tiempo de vida? Kantor (2015) recupera una historia griega que nos trae coordenadas para pensar el rol adulto en la tensión ante este mundo donde las adolescencias pueden estar muy muy lejos en tierras peligrosas, aunque no se hayan movido de casa.

La historia dice así: cerca de la costa, los desafíos se repiten y no permiten crecer. Por el contrario, nuevas experiencias requieren atreverse al mar abierto y aceptar que los nuevos horizontes conllevan nuevos problemas y deseos. Sin embargo, lejos de la costa cambian los desafíos para las personas adultas que se disponen a acompañar: ya no basta con lo que saben; deben poder enfrentar otras preguntas y sostener otras prohibiciones. En la historia griega, el deseo logró el permiso, pero se desplegaron con fuerza nuevas condiciones para acompañar y habilitar. Como nos enseña Nestíades,⁷ educar a las adolescencias es orientarlas en el camino de descubrir los motivos que sustentan ciertas normas. Con el argumento entran dos nuevos elementos, un peligro y una posición: la del adulte que protege.

Esta metáfora de mares y viajes brinda pistas sobre las estrategias que como personas adultas podemos darnos para habilitar formas de vínculo que generen espacios de sostén para las adolescencias, incluso en el mundo virtual. ¿Cómo generamos más puertos donde volver si fuera necesario y altos faros de colores diversos para acompañar la navegación? ¿Qué hacemos como personas adultas frente al uso de las pantallas? ¿Ponemos en diálogo la problematización de nuestros propios usos? ¿Prohibimos, regulamos, reducimos sus daños con controles parentales? En fin, se trata de la pregunta cotidiana, artesanal, singular y situada de cómo construir conjuntamente las condiciones para una autonomía progresiva.

⁷ Nestíades es un personaje de la novela *Edipo* de Henry Bauchau que adopta la función del adulto que tiene la responsabilidad de custodiar y acompañar sin anular su autonomía transparentando el sentido de los límites. Para ampliar el tema, el libro *Variaciones para educar adolescentes y jóvenes* es una referencia.

Quinta escena: “Me miró mal”

En un espacio de encuentro de una red local de instituciones que trabajan con adolescentes, un director de escuela media presenta una situación recurrente que le preocupa. Relata que están aumentando las peleas de estudiantes en la calle, especialmente al salir de la institución y entre chicas. “Las citamos en la dirección de la escuela y les preguntamos el motivo de la pelea. Dicen: ‘La piba me miró mal’”. Surge allí una pregunta compartida entre referentes de distintas instituciones: ¿a qué se refiere con esa mirada? ¿Qué otras maneras pueden habilitarse para tramitar la bronca y las violencias?

Frente a ciertas situaciones de peleas en las escuelas, hace algunos años propusimos un ejercicio de teatro foro para pensar y poner en escena qué entendían las mismas adolescencias con la frase “Me miró mal”. Allí surgía, desde la actuación, la explicación del “me miró mal” (Hojman Sirvent y Llaneza, 2014) en el sentido de “me rebaja” o “me mira con asco, desde arriba”. “Cuando te miran mal o te rebajan o te bardean en las redes” hay que pelear, a las piñas. Entonces, si esta fuese la única forma posible de reaccionar porque, si no, quedarías rebajado en tu valor propio: ¿qué puede hacer la escuela? les preguntamos. ¡Y que armen el ring!, respondieron irónicamente les pibes.

Es una pregunta compleja la que invita a pensar el rol adulto-educador frente a la violencia entre pares adolescentes. En principio, nos surge la necesidad de promover la reflexión sobre estereotipos de clase, de etnia y de género que impactan en estas peleas. ¿Pero cómo reflexionar sobre representaciones tan instaladas a nivel social y comunitario? Nos quedamos pensando y recordamos la propuesta del viejo Korczak, el médico polaco que en los tiempos de entreguerra propuso, en su hogar infantil, el permitir las peleas, pero con algunas reglas y una normativa: quien se quiera pelear tiene que escribir en una libreta los motivos, el por qué. Y ya la escritura diluía las ganas de pelear. El teatro-foro también permite armar una escena para pensar y mirar desde afuera una escena de violencia. Pensar desde el arte es una estrategia que, como personas adultas, podemos darnos para habilitar formas de vínculo que generen espacios de sostén para las adolescencias.

Por otro lado, como personas adultas tenemos un rol de límite que cumplir, tensionado por un sostén que acompañe y esté disponible. La función del mundo adulto en una doble vía: identificar un límite en algunos momentos –como en las situaciones de pelea– y, en otros momentos, ser apoyo: un lugar donde las adolescencias puedan tranquilizarse y descansar.

Al hablar de peleas pensamos en términos de esa energía contenida que hierve y explota por algún lado. Recordamos allí otra hermosa metáfora que plantea Gabriel Brener⁸ en una conferencia donde relaciona el yudo y el trabajo con las adolescencias. En esta ancestral arte marcial no se ataca con fuerza propia, se utiliza la fuerza de adversarios para dejar pasar el golpe o acompañar ese movimiento y usarlo a nuestro favor. Entonces, siguiendo con la metáfora y en clave de estrategias para ser sostén:

⁸ Gabriel Brener es un pedagogo argentino, licenciado en Ciencias de la Educación (UBA), especialista en Gestión Escolar (FLACSO) y ex subsecretario de Educación de la Nación. Cuenta con una vasta y reconocida trayectoria en la docencia universitaria (UBA y UNAHUR).

¿cómo usar la fuerza adolescente, a veces la bronca, aprovechando esa energía para encauzar en producir situaciones creativas y que impliquen integración, respeto, satisfacciones y encuentros?

A modo de cierre: oportunidades para ser una persona adulta lo suficientemente buena

Escribimos este artículo con la idea de no clausurar interrogantes. Al contrario, buscamos seguir abriendo con nuevos ingredientes: ¿cómo pensar el rol del mundo adulto ante los padecimientos de salud mental en las adolescencias? ¿Cómo promover la salud desde la participación, la creatividad y el acceso a experiencias culturales? ¿Cómo generar hospitalidad y un lugar para la experimentación al mismo tiempo que prevenir algunos riesgos en ese necesario transitar exploratorio?

La creatividad, como aprendimos con Winnicott (1986), forma parte de nuestras experiencias vitales.

Participar es crear el mundo de manera independiente, y es preciso que esa sea una actividad promovida por el mundo adulto. ¿Cómo pasar de la retórica de la participación como un derecho en la adolescencia a la participación pragmática de plena inclusión en la vida social, familiar y cultural? ¿Cómo evitar que esa asimetría necesaria para la construcción de adolescencias autónomas se traduzca en interacciones autoritarias, sostenidas por representaciones y prácticas sobre cómo es el mundo y cómo se debe actuar en él? (Di Iorio y Pawlowicz, 2022: 29).

Entonces, ¿qué estrategias son las adecuadas para construir la autonomía progresiva? En este vínculo entre adolescentes y personas adultas, en la construcción de dispositivos de cuidado: ¿cuál podría ser una melodía compartida? Será cuestión de escuchar lo que nos cantan estas adolescencias, que en palabras de Wos, nos dicen que “no -tienen- pensado, hundirse acá tirados. Y no -tienen- planeado, morir desangrados”. Ellos no piensan tirar la toalla, ¿la vamos a tirar nosotros? Creemos con firmeza que el porvenir de las adolescencias no debe depender del hogar donde nacen. Se trata de fortalecer entornos protectores y sostener una mirada confiada, como plantea Cornu (1999) que apueste a que les adolescentes puedan desplegar un desarrollo integral partiendo desde sus propias posiciones, afectos y experiencias.

Como reflexionamos en otro artículo (Di Iorio y Pawlowicz, 2022), el desafío pasa por trabajar por la participación efectiva de las adolescencias, que es una invitación a preguntarnos por el modo en que habitamos esa asimetría constitutiva, al modo de una tensión que persistirá. Exige pasar de la ilusión del supuesto conocimiento, a veces idílico, en base a expectativas, inferencias y sospechas, a la escucha abierta, a la singularidad. Es así que trabajar por la participación efectiva nos desafía a conmovir las matrices de pensamiento para hacer lugar a la diferencia. Dejar sorprenderse y desencajarse. Abrirse a la reflexividad acerca del adultocentrismo y las melancolías de “todo tiempo pasado fue mejor”. Comprometernos, desde el mundo adulto, a encarnar la garantía del derecho a ser oído, que no solo

debe ser una retórica enunciada en nuestros marcos normativos. Reconocer las particularidades en las adolescencias heterogéneas. Creerles. Confiar en sus palabras, sus búsquedas, sus saberes.

La invitación es a involucrarnos asumiendo la responsabilidad de nuestra función adulta, apostando al vínculo e interrogándonos a la vez. Este movimiento nos implica el trabajo de poner en suspenso nuestras lógicas moralizantes, nuestros principios del “deber ser” para ponernos a disposición. Es decir,

superar el adultocentrismo que se reproduce en las estructuras familiares y en las instituciones. Garantizar una efectiva participación de adolescentes en las distintas esferas de la vida requiere dar espacio, saber cuándo alejarse. Y a la vez, tener claridad sobre cuándo hacerse presente, sin ausentarse ni correrse” (Di Iorio y Pawlowicz, 2022: 30).

Pensar en la salud mental en la adolescencia es pensar en su desarrollo en el mundo, volver a ilusionarse con inventar un modo de ser escuela, de ser club, de ser comunidad entre adolescentes y personas adultas, donde podamos –de a ratitos– disputar la inmediatez y la lógica de consumo capitalista que nos vuelve productos y nos consume de cansancio. En ese sentido, invitarnos desde la función adulta a ejercitar colectivamente el derecho a soñar. Soñar espacios donde frenar, espacios para la demora y la pausa. Espacios donde las palabras circulen en ronda –como el mate–. Reinventar espacios educativos donde las adolescencias encuentren referentes del mundo adulto que resulten confiables y disponibles. Que les respeten, les escuchen y les reconozcan como diferentes, pero con una proximidad afectiva que permita el acercamiento y la confianza.

Referencias bibliográficas

- Barcala, A.; Wilner, A.; Di Iorio, J.; Torricelli, F. y Augsburg, A. C. (2021). Salud mental en niñas, niños y adolescentes en tiempos de COVID en Argentina. *Rev. Salud Mental y Comunidad*, (11), 126-134. Recuperado de doi.org/10.18294/smyc.2021.5172.
- Chaves, M. (2005). Juventud negada y negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Última década*, 13(23), 9-32. Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/udecada/v13n23/art02.pdf>
- CONSAJU. (2021). *Primer Diagnóstico Federal del CONSAJU -Consejo Asesor de Salud Adolescente Juvenil-*. Dirección de Adolescencias y Juventudes (DIAJU) Diciembre 2021. Buenos Aires: Ministerio de Salud de la Nación.
- Cornu, L. (1999). La confianza en las relaciones pedagógicas. En G. Frigerio, M. Poggi y G. Giannoni (comps.), *Construyendo un saber sobre el interior de la escuela*. (pp. 19-26). Buenos Aires: Novedades Educativas y Centro de Estudios Multidisciplinarios (CEM).

- Di Iorio, J. y Pawlowicz, M. P. (2022). ¿Quién tiene el poder en la relación adolescencias-mundo adulto? Obstáculos para la participación. En UNICEF, *El desarrollo integral de las adolescencias en Argentina. Una agenda en construcción* (pp. 29-30). CABA: UNICEF Argentina.
- ELA y UNICEF (2024). *Adolescentes que cuidan: un trabajo invisible que moldea el presente y condiciona el futuro*.
- Frigerio, G. (2017). Oficios del lazo: mapas de asociaciones e ideas sueltas. En G. Frigerio, D. Korinfeld y C. Rodríguez, C. (2017). *Trabajar en instituciones: los oficios del lazo* (pp. 41-100). Buenos Aires: Noveduc.
- Goltzman, P. (2018). *Ideas Poderosas. Producción de salud y cuidado en el uso de drogas con adolescentes*. Buenos Aires: Intercambios Asociación Civil.
- Haidt, J. (2024). *La generación ansiosa: Cómo la gran reconfiguración de la infancia provocó una epidemia de enfermedades mentales*. Buenos Aires: Paidós.
- Han, B.-C. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder Editorial.
- Hojman Sirvent, G. y Llana, F. (2014). Me miró mal: el teatro-foro como dispositivo para pensar intervenciones alternativas en la promoción y cuidado de la salud en la escuela media. En A. Kaplan y Y. Berezán (comps.) (2014), *Prácticas de no-violencia: Intervenciones en situaciones conflictivas. Experiencias con docentes, padres y alumnos* (pp. 137-162). Buenos Aires: Noveduc.
- Kantor, D. (2015). *Tiempo de fragua. La responsabilidad de educar adolescentes y jóvenes*. Buenos Aires: Fundación La Hazienda.
- Ministerio de Salud de la Nación –MSAL– y Universidad Nacional de Rosario –UNR– (2023). *Primera escucha en salud mental y el acompañamiento de adolescentes en el primer nivel de atención*. Buenos Aires: Ministerio de Salud de la Nación.
- Ministerio de Salud de la Nación y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) (2018). *Asesorías en Salud Integral en Escuelas Secundarias*. Lineamientos para la implementación. Buenos Aires: Ministerio de Salud de la Nación.
- Nino C. (2011). *Un País al Margen de la Ley*. Buenos Aires: Ariel.
- Organización Panamericana de la Salud, Ministerio de Salud de la Nación e Instituto Nacional de Juventudes. (2023). *Salud mental es cosa de todas y todos: kit para talleres con adolescentes y jóvenes*. CABA: Organización Panamericana de la Salud.
- Paiva, V. (2018). Escenas de la vida cotidiana. Metodología para comprender y disminuir la vulnerabilidad en la perspectiva de los derechos humanos. En V. Paiva, J. Ayres, A. Capriati, A. Amuchástegui y M. Pecheny (comps.), *Prevención, promoción y cuidado. Enfoques de vulnerabilidad y derechos humanos* (pp. 141-201). Buenos Aires: Teseo. Recuperado de <https://www.teseopress.com/vulnerabilidadesyddhh>
- Rodulfo, R. (1992). Capítulo 10: El adolescente y sus trabajos (Bocetos). En R. Rodulfo, *Estudios clínicos: Del significativo al pictograma a través de la práctica psicoanalítica* (pp. 161-178). Buenos Aires: Paidós.
- Siede, I. (2007). *La educación política: ensayos sobre ética y ciudadanía en la escuela*. Buenos Aires: Paidós.
- UNICEF (2018). *Voces que cuentan*. CABA. Recuperado de <https://www.unicef.org/argentina/informes/voces-que-cuentan>

UNICEF (2019). *El suicidio en la adolescencia. Situación en la Argentina*. Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. Buenos Aires: UNICEF. Recuperado de <https://www.unicef.org/argentina/informes/el-suicidio-en-la-adolescencia>

UNICEF (2021). *Voces en acción. CABA*. Recuperado de <https://www.unicef.org/argentina/informes/vo-ces-en-accion>

Winnicott, D. (1986). Vivir creativamente. En *El Hogar, nuestro punto de partida. Ensayos de un psicoanalista*. Buenos Aires: Paidós.

Fuentes documentales

Argentina. Ley N° 26657 de Derecho a la Protección de la Salud Mental.

Argentina. Ley N° 26061 de Protección Integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes.